

**ESCRITORES POR EL MUNDO.
VOL. 8**

Escritores por el Mundo Vol. 8 - 2022.

Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la explícita autorización previa del o los autores.

Prefacio

El arte siempre emerge. En medio de cualquier ámbito y contexto. El arte siempre surca las adversidades; las define y sobrepasa. En esta nueva edición de Escritores por el Mundo, autores de España, Estados Unidos, México, Guatemala, Costa Rica, Chile, Colombia, Perú, Ecuador y Argentina cristalizan, una vez más, el carácter eterno del ser artístico. Porque más allá de toda penumbra, de toda zozobra, siempre bastará una palabra, un gesto, una definición para concretizar y salvaguardar lo humano. Por eso este libro, y por eso estas palabras, para dejar asentado, en nuestro tiempo y en nuestra historia, que el arte siempre es una manera de vencer.

Aquel hermoso verano

Guillermo Alan Flores Serna. Monterrey, México.

De nuevo me encuentro sentado en mi oscuro sótano, mirando ese estante desordenado, escuchando al silencio, y pensando obsesivamente en ti. El tiempo ha ido borrando mis recuerdos de aquel mágico verano, como aplanadora imparable y feroz. Día a día me arrebatan esos maravillosos momentos de aquellos días, dejándome solo vivencias banales y mandando al olvido esos detalles tan hermosos que parece que jamás volveré a vivir.

Fue hace solo seis años, pero para mí ha transcurrido todo un siglo. Parece tan lejano el recuerdo de ese verano idílico, en aquella playa secreta, de arena blanca, sol picante, viento templado y mar color zafiro. Una vieja cabaña de adobe y paja, con un viejo colchón, fue nuestro único refugio. Ahí conocimos el verdadero amor, de total entrega, de apego y libertad, de convertirse por ratos prolongados en un mismo ser, comenzando con suaves caricias, y terminando de manera salvaje queriéndonos arrancar con pasión hasta la misma piel para quedar unidos por siempre. Mirábamos al sol y la luna como a uno mismo, fueron épocas eternas donde nunca amaneció.

Nuestra utopía duró una corta eternidad, pero valió la pena. Nos conocimos por casualidad, como suceden las cosas hermosas de la vida. Intentamos llevar nuestra relación a otro nivel, pero la enfermiza rutina ciudadana nos lo impedía. Llevábamos siempre máscaras y trajes a la medida que nos negaban improvisar y hacer crecer nuestra relación. Estábamos condenando nuestro amor a una rutina mortal, así que sin pensarlo, en un mañana común, decidimos huir y de esa forma comenzamos nuestro hermoso romance. El cielo, la arena y el templado mar azul de aquella playa lejana fueron nuestros únicos testigos de ese amor desmedido, abundante y fugaz. Todo fue tan perfecto, hasta que tus labios se convirtieron en imperfección al decir la mortal frase:

“es hora de regresar”. Y así sin más, hiciste el equipaje de tus pocas prendas, y obligado te seguí. Me despedí con tristeza de todo a nuestro alrededor, y previo a partir, nos prometimos que volveríamos el siguiente verano; pero no fue así.

Regresamos al mundo cotidiano con nuestros corazones atados, siendo un mismo latido, pero fuimos víctimas de la gran metrópoli. La enormidad de la ciudad nos separó, nos hizo vivir a prisa, priorizando lo banal y olvidando lo fundamental. No había tiempo para vernos, y cuando al fin me liberé de esas cadenas rutinarias y decidí buscarte, alguien más había ganado ya tu corazón. No hubo vuelta atrás, el siguiente verano en esa hermosa y lejana cabaña nunca llegó.

Soy el principal culpable de no haber actuado en el momento, y de tontamente no pedirte que nos quedáramos por siempre en ese paraíso veraniego. Pero no puedo negar que parte de nuestra desgracia en el amor vino al llegar de nuevo a la ciudad; sin duda los grandes centros urbanos dividen todo, aumentan los espacios y vuelven al tiempo una métrica constante y perpetua; se jactan de ser un fomento a la modernidad, pero no dejan de ser un espacio ideal para matar cualquier pasión y entorno natural.

Después de eso, me deprimí y me escondí un lapso indefinido en un trabajo a tiempo completo bajo un traje oscuro y una corbata a rayas. Pero la rutina me asfixiaba, y mi única motivación era volver a sentir la sensación de las olas chocando con nuestros cuerpos, y vivir de nuevo esos días donde jamás amaneció; ese hermoso tiempo pasado junto a ti. Comencé a obsesionarme con regresar a vivir ese verano, sabiendo que estaba guardado en la historia del universo, que de alguna manera podía volver a ese tiempo pasado y revivir nuestro amor.

Para concretar mi plan, me aislé de la sociedad, me recliné en mi sótano y trabajé arduamente en encontrar la forma de volver a ese tiempo pasado. Leí libros, medité en demasía, esperando una respuesta del silencio, o del mismo universo, pero nada sucedió. Trabajé arduamente en las leyes numéricas, que después fueron dando forma a un artefacto que me

ayudaría a volver al pasado. Cada vez me encerré más en mi mundo, estando cerca de la línea de la locura. No había tiempo para el presente, nada me interesaba más que estar de nuevo en ese hermoso verano junto a ti.

Regreso hoy a mi presente y no recuerdo ya desde cuándo trabajo en esta máquina; he perdido la noción del tiempo. Tal vez ya crucé la línea, y he perdido la cordura. Me debilito y siento que mi visión se nubla. Pero una fuerza extraña me indica que debo continuar. Doy mi último esfuerzo y trabajo arduamente toda la noche. Al despertar, todo se ha esclarecido, miles de papeles con ecuaciones y tantas noches de desvelo me han llevado a terminar el artefacto por fin. ¡Ya está listo!

Casi puedo sentir de nuevo la suave brisa de mar en mi cara. Doblaré el tiempo y el espacio, como una total ficción, solo es cuestión de oprimir el botón rojo, que creará una inestabilidad en el tiempo, y podre adentrarme a ese tiempo pasado por el óvalo metálico frente a mí que creará un portal temporal. Mis cálculos dicen que funciona, pero también podría acabar destruyendo el universo entero. ¡Pero qué importa! Teniendo solo una posibilidad de volver a tenerla en mis brazos en aquel verano, lo vale por completo.

Llegó el momento, no hay tiempo para pruebas. Prendo el artefacto, mis ansias me están matando, mi corazón se acelera. Se prende el círculo metálico y comienza a girar a gran velocidad, se dobla el tiempo/espacio. Puedo ver ya las paredes de adobe de la cabaña y el vaivén del mar zafiro; casi lo había olvidado, pero qué bien se siente recordar. En eso, sales tú de la cabaña, tan hermosa, con ese vestido blanco que se mueve con el templado viento de mar. Volteas hacia cada lado, como buscándome. “¡Alla voy mi amor!” me digo en mi interior. Esta vez haré que el momento dure para siempre, no te dejaré ir. Me adentro al círculo y siento de nuevo ese ardiente sol sobre mi cuerpo, la blanca arena rozando mis pies y esa paz celestial que muy pronto convertiré en un momento de salvaje pasión. ¡Estoy de nuevo en aquel hermoso verano!

No era amor

Andrea Lara. Ciudad de México, México.

No era amor
Era una constante lucha de poder

No era amor
Era un sube y baja de emociones
que nunca lograron entender

No era amor
Eran dos polos opuestos
que por unos años se atraieron
sin realmente saber

No era amor
Era una ilusión enorme
y muchas ganas de aprender

No era amor
Era un mundo nuevo
que juntos decidieron recorrer

No era amor
pero se parecía mucho
Por unos momentos, lo llegaron a creer
Por eso dolió tanto
verlo desaparecer.

Déjame

Zailyn Olivera Cruz. Homestead, Estados Unidos.

Déjame dibujar en tu anatomía
el cuadro más perfecto e inimaginable.
Deslizar por tu piel pinturas centellantes
que se confundan con el color de tus ojos.
Déjame crear con el pincel ríos caudalosos
que nada tengan que envidiarle al Mississippi.
Déjame pintar mis deseos en tu piel.
Expandir mis ganas por todos tus contornos.
Déjame exponer mis ideas
motivadas por la inspiración que me despiertas.
Déjame convertir tu cuerpo en un lienzo inacabable
donde encuentre la tranquilidad
y se despierte la pasión.
Déjame encontrar en ti,
en todo tu ser,
el sitio definido para una cita con mi musa.

Poema publicado originalmente por la autora en su libro Reclamos del Corazón. Amazon, 2021.

Quejas en el espejo

Zailyn Olivera Cruz. Homestead, Estados Unidos.

Me miro al espejo y me quejo por lo que veo.
Me miro y no encuentro a la mujer que fui.
Aumentada en todo.
Llena de queja y martirio.
Soportando las derrotas
sin encontrar una salida.
Porque me falta valor
para correr en estampida.
No niego que mis promesas
me hacen llaga en la herida.
Pero buscar ayuda
quizás sea una salida
a mi tormentoso andar
en busca de una verdad
que a gritos me da la vida.

Poema publicado originalmente por la autora en su libro Reclamos del Corazón. Amazon, 2021.

Fuiste mi espejo. Me vi en tu reflejo

Anabel Fumero Alfonso. San Cristóbal de La Laguna, España.

Todavía estás despierto y no quieres. Tienes sueño y estás cansado, pero no puedes dormir. Tu mente está aún muy activa. Te gusta, pero a la vez te da rabia que tus más bonitos pensamientos te envuelvan de madrugada. Ay... Hermosa madrugada. Sabe tanto de ti, que se ha vuelta tu mejor amiga, tu guía.

Miras al techo. Ese techo desnudo y oscuro en el que has proyectado millones de imágenes de experiencias vividas que no puedes cambiar, y de sueños futuros que no sabes si llegarán.

Contemplas tu soledad, y de repente, sientes que no quieres estar en esa habitación. Te ahogas. Ya te había pasado antes. Unas cuantas veces. Juegas con ventaja esta vez, pues ya sabes cómo actuar. Te levantas, te diriges hacia tu escritorio, te sientas, enciendes la lámpara, coges un folio arrugado, y te pones a escribir.

Vomitas un montón de palabras sobre ese papel sucio y amarillento. Una gota de agua mancha tu carta y emborrona la última letra escrita. Cierras los ojos. Te sientes tonto y cursi. Pero te encanta un poquito sentirte así. En un sólo segundo, tu cuerpo se ha encargado de llevarte a un lugar lejos donde las paredes ya no te acorralan. Te imaginas a ti mismo sentado en una roca de un acantilado. Se te eriza la piel. Le sonríes al aire porque eres capaz de percibir el sonido de las olas del mar y el ruido de tus ojos sobre las diminutas estrellas que alumbran ese hermoso cielo que te has creado dentro del océano de tu mente. Agradeces poder escuchar y ver. Oír el mar y mirar las estrellas. De lo que no te has dado cuenta, es de la presencia imponente de la luna llena. De repente, la descubres, aun sabiendo que ella ya te ha descubierto antes. Lo sabe casi todo sobre ti. Curioso. Parece que la madrugada y la luna llena se han aliado para hacerte compañía en este preciso instante de tu vida en el que te sientes

por primera vez. Te sientes raro, estúpido, distinto, romántico y caótico. Pero crees que es bonito experimentarte de esa manera. Verte diferente y cambiado, aunque nada haya cambiado a tu alrededor.

Te sientes preparado para volver a tu realidad. Abres los ojos, y sigues escribiendo esa carta.

Sabes cómo funcionas, aunque te cueste reconocerlo. De día, te mueves como una roca guay, un tipo duro que aparenta disfrutar de cada segundo de vida. Por momentos, saboreas tu presente. Otras veces, sólo finges gozar con el pretexto de que no estás esperando. Pero esperas. Y mucho. Esperas a que aparezca ese alguien a quien poder regalarle tu intimidad, tu profundidad, tu entrega.

De día, roca guay, loca y despreocupada. Finges no necesitar a nadie más que a ti mismo. De noche y en la madrugada, te conviertes en arena. Frágil y vulnerable. Eres tú al descubierto. Tus suspiros y anhelos. Tu alma desnuda que espera. Espera una espalda que acariciar, unos labios que morder, una piel que lamer, una mirada cómplice, y un simple 'te amo' al oído.

Lo deseas. Lo ansías. Lo esperas. Esperas conectar. Conectaste con tus propias emociones. Bien por ti. Maduraste al fin. Aunque no al cien por cien. Eso es imposible.

Ya casi terminas de escribir. Tu carta es más larga de lo que imaginaste en un principio. Sonríes. Estás contento. Porque sabes que es una señal de que tienes demasiadas verdades que expresar. Y te parece hermoso.

Suena el despertador. Te levantas. Sólo has podido dormir media hora.

Vas a trabajar. Estás ahí. Tu presencia aparentemente diminuta se mezcla con la presencia de los demás. Saludas a tus compañeros, que te ven, pero no te ven, porque te ven a medias. Sólo ven lo que se ve de ti en ese instante. Pero no ven todo lo que tú ves. Y te sigue pareciendo hermoso darte cuenta de ese detalle. Porque adoras el caos de tu mente. Ese fascinante desorden que nadie ve ni imagina. Reconoces que tienes dentro de ti un inmenso universo escondido que está empezando a querer salir. Te alegras por ello. Porque no

estás hueco ni vacío. Lo sientes todo en tu interior. Tienes ganas de expresarte, aunque sea con palabras que probablemente, nadie lea nunca.

Sales del trabajo. No estás cansado. Te sientes bien. Muy bien. No has dormido, pero te da igual. Comprendes que a veces, el mejor descanso es soñar despierto bajo la luna que te descubre mucho antes de que puedas darte cuenta.

Noche en vela. Tu alma desnuda. Escribiendo. Intentando regalar una carta a alguien que no existe (aún), para no olvidar que sigues esperando...

Del revés

Anabel Fumero Alfonso. San Cristóbal de La Laguna, España.

- Tienes la bola del mundo colocada al revés. Déjame que te la coloque bien.

- ¡Y dale! Qué manía con lo de que está boca abajo. ¡Está bien como está! ¿Qué pasa? ¿Que no puedo ponerla como a mí me dé la gana? Para mí está bien así. Del revés. Porque así es como yo veo el mundo, como un gigante caos patas arriba.

- Vale, vale. Perdona, no te enfades.

- No me enfado. Lo que me molesta es que nadie me entienda, que nadie entienda mis ideas. La bola del mundo es una simple representación de la realidad en la que vivimos. Yo la represento tal y como la veo, como la siento y como me siento.

- Vale, ya te entendí, pero tranquila.

- No me entiendes todavía. Nunca lograrás entenderme porque nadie lo consigue. Ni siquiera yo soy capaz de entenderme a mí misma la mayor parte del tiempo. La cuestión es que me gustaría que el mundo fuera de otra forma. Si te fijas, colocándolo boca abajo, parece que estos dos inmensos continentes son aún más grandes de lo que ya son. ¿Ves? Sería bonito que el resto del mundo se fijara en ellos, aunque sólo sea por su imponente tamaño. Pero no. Lamentablemente no es así. Tantas personas hermosas viviendo en todos esos países...Y lo más hermoso de todo es que todos esos miles de millones de personas no saben que son resilientes, ni son conscientes de su propia belleza. De la belleza que hay oculta detrás de todo lo que superan y luchan cada día. Vivimos en un mundo olvidado lleno de personas olvidadas que viven en países olvidados. Y es triste que eso sea así. En fin, ¿me entiendes ahora?

- Sí, te entiendo perfectamente -se limitó a decir, cuando lo que sentía... lo que sentía era ya otro mundo: su corazón puesto completamente del revés.

De cuando me daba miedo ver mi propia luz...

Anabel Fumero Alfonso. San Cristóbal de La Laguna, España.

- Que nadie te haya dicho ni se haya dado cuenta de lo fuerte que eres, de lo maravillosa y hermosa que eres ahora, no significa que tú no puedas verlo.

- ...

Y se echó a llorar. Porque eso es lo que hacen las chicas que han sido fuertes durante mucho tiempo. Eso es lo que hacen las que aman de verdad, las que superan en silencio, las que son capaces de crecer solas como auténticas resistentes... Esas chicas a las que nadie ve, o a las que nadie quiere ver. Por miedo tal vez. Miedo a que irradien demasiada luz...

La sutileza de lo absoluto

Jairo Enrique Ramírez Sánchez. Zitácuaro, México.

En el abismo de la vehemencia, los ríos de la verdad
se tornan difusos
Nadie es dueño de la moral, nadie es absoluto en la abstracción,
Porque pecador siempre seré si se me pide a mi concepción
renunciar.

Hay extrañeza en lo permitido y encanto en el candor
de la oscuridad

La exaltación del alma debe de sobrepasar intenciones
Aún al infierno condenado, el corazón puede a la virtud seducir
Aún al cielo encomendado, el corazón puede a la pureza asolar
Aún a la tierra encerrado, el corazón puede a lo banal desairar

En la realidad del espíritu y en la ficción de la mente residen
La ilusión de lo divino y el delirio de la realidad.

Dos ríos tan sinuosos como apremiantes, cuyos contenidos
Desembocan sobre el mismo mar: ambos están incompletos.

Al final de todo, soy un exiliado del pasado y
Adepto de mi idealidad, pero cazador de la libertad.
Un hombre que navega en la turbia inmensidad,
Cuya compañía es su pensar y esperanza la quietud.

Mujer

Rossen Larios. Joyabaj, Guatemala.

A ti dedico estas letras
que de mi alma brotan cual manantial,
intentado describir al ser más bello
con melódica voz angelical.

Mujer obra de arte;
broche de oro de la creación,
mujer de campo o de ciudad;
sin distingo de raza ni clase social;
joven o de tercera edad,
sin importar nada,
eres combinación perfecta
entre sueños y realidad.

Mujer eres fuerza y fragilidad
sutileza, inteligencia, gracia, bondad,
¡eres belleza total!
que irradas luz con tu mirar,
con una sonrisa cambias
la atmósfera cuando pesada está.
abnegada y admirable
que sin alas sabes volar.

Mujer, tú que a la vida le das color,
eres suave danza al caminar;
manos de terciopelo y esforzadas al trabajar
hábiles, con destrezas sin igual
siempre extendidas para ayudar,
aun en desiertos luces primaveral.
en ti se esconde la ternura de un niño
y la fuerza innata del embravecido mar

Mujer, rayo de sol en nublados días
luna llena en noches de intensa oscuridad.
después de Dios, eres quien más sabe amar,
tu mujer, eres la esperanza de la humanidad.

*Poema incluido en el libro Soy mujer valiosa. Pág. 118.
Editorial Güipil. 2021.*

La vida es como tú quieras verla

Rossen Larios. Joyabaj, Guatemala.

La vida es un desafío, un reto constante que siempre camina hacia adelante.

Es movimiento, no se estanca, si tú te detienes, ella avanza.

Es recatada y de mente abierta, te deja dormir y también te despierta.

La vida te da y también te demanda, si le das te devuelve con creces, es agradecida, aprecia lo que le ofreces.

La vida es una gran maestra, grandes lecciones recibes de ella, te examina sin dar tregua, si una lección repruebas te la repite hasta que la aprendas.

La vida es tan única según tú la creas, mejor es no verla en opiniones ajenas; es amarga y es dulce, es según tú saboreas, es lo que haces y de lo que ella esperas, es el tiempo que pasa mientras piensas.

La vida no es mala ni buena, y ella misma te entrena para cada faena, porque todo lo que vives te deja huella.

La vida no es mala ni es buena, es tierra fértil que te devuelve según tú le siembras, si mal haces te pasa factura y si bien haces te recompensa.

La vida es alerta y también es sorpresa, te da, te quita y no te avisa, la vida es llanto, pero también es risa, la vida es ilusión, sueños y pesadillas, te pone de pie y a veces de rodillas.

Ella es tu fiel compañera que va a donde tú la llevas, a veces te abraza y a veces te avienta de tal manera que contra ella misma te estrellas.

La vida es paz y también es locura, a veces agresiva, a veces llena de ternura, es un corto viaje, es una aventura, es una fiesta donde hay invitados llegando, otros comiendo o bailando y otros se están despidiendo.

La vida es luz, amor y esperanza, a veces te hala, te empuja, te lanza, te da oportunidades y hasta te ruega, espera de ti toda tu entrega, mientras puedes tú la diseñas, de ti depende que no te la pierdas.

La vida es el soplo divino, el don máspreciado que se te dio, puedes usarla como el hijo prodigo o como aquel que su talento enterró, puedes aprovecharla y cumplir el propósito para el cual Dios te creó.

La vida es linda decía mi madre, postrada en cama luchando contra un cáncer, yo como hija, la cuestionaba, escucharla me confundía, me negaba a creerla, hasta que entendí que la vida es como tú quieras verla.

*Poema incluido en el libro Soy mujer valiosa. Pág. 91.
Editorial Güipil. 2020.*

Inexorable atracción

Dora Lema Olavarría. Lima, Perú.

Él se dejaba ver en el hospital cada día; en ese tiempo realizaba su residencia, y en el lado amoroso se vislumbraba frágil. Sus ojos brillaban al ver a una chica y su corazón se agitaba.

Mirarlo te hacía cuestionarte algunos temas de las mujeres; compartíamos el mismo semillero profundo de lo que es la mente y sus desbordes. Conocía algo de sus amores que se rumoreaban entre los pasillos; se ensimismaba en ese embeleso de conquista y atracción; nadie le negaba sobrepasar esa línea delgada de insinuación. Se sentía complacido al poder atraer en ese grado, era consciente de esa fiebre que despertaba en el sexo opuesto y se enseñoreaba en su varonil mirada. Ese encanto avasallador iba extendiéndose y no me sorprendía esa cortesía con cada chica; era atrayente y uno misma no podía detener ese presagio que anunciaba cada vez en el cuerpo y en el corazón.

Cerraba los ojos y me encontraba soñando abrazada de ese personaje que cada día era más fuerte que yo misma; tal vez era su voz ardorosa, su chispa seductora: todo ello actuaba como un imán acerado sin cautela. Ese saber prodigioso que impartía en su evolución no me detenía; por algún flanco lo había escogido como alguien cautivador, y no quería desdeñar si en algún momento se me acercaba con sugerentes frases. No sabría qué responder a esa incitación; me negaría a replicar una palabra o una caricia; sería normal para mí: podría rechazar una proximidad con un ser tan vital y elocuente. Estaba segura de que lo admiraba grandemente y lo había escogido para que sea el príncipe de mi interior en esa ocasión.

No sé si estaba preparada para envolverme en una escena apasionada donde podía perder más que ganar; a pesar de ello, tenía que estar preparada para todo. No desmayé en esa permanente exploración de mi actitud; el interés por esta situación me desgarraba interiormente, y estaba consciente

que sería la próxima indudablemente. Mientras tanto, me absorbía en la lectura de temáticas de la carrera: no quería aceptar esta realidad plenamente.

Un día me envolví en una clase observando su participación y lo aplaudía fervientemente. A veces me quedaba boquiabierto con el verbo que usaba, y eso de cautivar a un público sólido y bien dotado. Tuve el encanto de ese personaje entre mis brazos, sin llegar a tocar sus labios; si lo hubiera hecho no lo estaría contando hoy. Fue impactante y delicioso, el aproximarse y quedar paralizada, temblorosa y de mil colores. Previo a esos momentos estuvimos en una velada, donde muchos compartimos y pasamos momentos agradables, cálidos y románticos. No tuve noción del tiempo, no deseaba que acabara, deseaba detener todo a nuestro alrededor. Yo misma lo interrumpí, ya nunca más pude capturar esa fotografía, había decidido perderlo.

No sé a quién se parecía... quizás a algún personaje de Hollywood encerrado en sí mismo; parecía tener un ego inmenso, pero me alegraba que sea así: mi gusto iba en esa dirección.

Las escenas que han ocurrido en mi vida no las puedo contar con los dedos de la mano; algunas veces levantaba esa pasión impetuosa en los varones -me sentía un tanto desgraciada-, que aun ahora lamento haberlas dejado escapar desde mis sentidos. Andaba un poco adormecida, entre mis libros y la religión, sentía culpabilidad por tropezarme con esos galanes, que trataban de desentornillar mi mente tan sumergida en culpas ajenas.

Su sola presencia me inquietaba grandemente; desde ya aparecían esos sueños locos de hacer realidad lo que quieres, pero estaba a muchas millas de distancia; no me gustaba responder a placeres netamente sensuales. Iba más lejos a conseguir otras teorías, ricas emociones, afectos conjurados y felicidad a borbotones. Sería cierto que conseguiría lo que tanto aspiraba dentro de mí. Conservé esa imagen fulminante y ardorosa, hubo confusión, tertulia, felicidad, temblores y al final sinsabores. Su realidad fue una barrera para mí, porque me sobraba amor para compartir toda una vida.

Llegaban otros desvirtuando lo que tanto buscaba; la le-

janía de mi ser se hacía más evidente; no lo deseaba cerca de mí, buscaba otras intenciones bien dispuestas con pasión. No me ahogué con sufrimiento interior, era lo más rico que poseía, era capaz de ser feliz internamente en medio de la tristeza o del caos. Me acuerdo de que en mi casa no se vivía felicidad, pero yo misma me inspiraba en el amor y consuelo, pintaba de colores hermosos sus paredes, iba transformándome a una sola enseñanza, lograr ser feliz.

Y este personaje no llegaría hacerme infeliz, no lo admiraría fácilmente, tendría que pasar por ese filtro interior que me embelesaba y secaba mis lágrimas cuando no alcanzaba lo que mi alma ansiaba. Estaba a un paso minúsculo de aceptar esa fascinación, pero mi ser no lo admitía; tenía que haber una esencia común, porque un amor pasajero te corta las alas de lo que estás emprendiendo, y llegás a la nada por esa entrega total y comprometida. Pero no fue así, escapé de la escena, corrí como pude, cubrí mi rostro y mi cuerpo para que no me hicieran daño porque estaba segura de que iba a enamorarme con un amor intenso y para siempre.

Fue maravilloso ese corto hechizo que mantuve, no hubo sufrimiento, ni decir “me equivoqué”, “fue mi error” o “se aprovechó de mí porque era bastante joven”. Al contrario, hubo caricias caprichosas que desencajaban de una realidad de censura y limitantes.

Llegó un momento en que la gente del hospital se sorprendía de aquel atractivo que había empezado entre nosotros. Me señalaban como la única que creía en esa ensoñación, que deleitaba los sentidos y todo mi ser. ¿Cómo invocarles que no me empujaran a esa desilusión que hería toda mi vulnerabilidad? ¿A quién acudir sino a mí misma, a lo que estaba construyendo en ese tiempo que eran mis tesoros de vida y los fuertes cimientos de un bello porvenir? Yo obedecía a mi razón muchas veces, pero más aún, a la ficción que crecía dentro de mí.

Continué saboreando esa delicia entre mis sentidos, no lo pude arrancar fácilmente; nuevos amores y novedosas travesías me tocaban erigir; allí nadie me cuestionaba ni juzgaba mi descortesía con un ser especial que se cruzó un

tiempo en mi vida y que yo no pude conquistar para alegría de mi alma.

Desamor

Adriana Mozo Noboa. Quito, Ecuador.

El amor se acaba y con él me acabo yo
de repente
ya no existen palabras cursis
ni “te quiero” tropezándose en mi lengua
desesperados por salir.

El amor se acaba, claro que sí,
y con él se esfuman las estrellas
que iluminaban a medianoche mi corazón
y se mueren las mariposas en mi estómago
que antes revoloteaban sin compasión.

Todas muertas
todas sin dejar rastro
de lo que fueron y no son más

a veces creo que no se puede amar
sin idealización
que no estoy segura de si alguna vez
podré amar con honestidad

porque el amor se acaba
y se acaba con él
todo lo bonito
que yo pude llegar a ser,
los paisajes apuñalan
y las canciones suenan a cliché.

Lamento si alguna vez
prendí la ilusión dentro de ti
si tal vez mis versos
dejaron una huella indeleble
que ya en tu pecho no dejará de latir

pero es necesario que comprendas
que el amor no se fuerza
ni se puede detener

a cuentagotas mi amor ya no llena tu vaso
ni mi vaso roto
puede ya ser llenado por ti.

Este amor se acaba, pero no te preocupes,
te queda toda una vida para volver a sentir
por algún rostro más cálido
lo que a mí ya no se me da sentir por ti.

Mi alma se congeló

Karol Chabur. Bogotá, Colombia.

No voy a pedir perdón, ni siquiera a Dios (si él existiera, no habría permitido jamás que pasará aquella atrocidad). Lo planeé todo con sevicia, con frialdad, diseñé la mejor estrategia tal como lo hacen los militares para ganar la guerra. Fui disciplinada, paciente, rigurosa; me enfoqué y cuidé cada detalle para lograr mi objetivo. Acabar con la vida de ese maldito ser.

Mi alma se congeló en aquel octubre, cuando con sus manos se llevó tu último suspiro y a mí me dejó acá, en este maldito y frío mundo. Simplemente, muerta en vida. Eras mi bebé, mi mundo entero, mis ganas de luchar. Sólo tú y yo; llegaste para iluminar mis días y hacerme una mejor persona. Fuiste el resultado del amor más sublime; aunque tu padre jamás supo de tu existencia, le heredaste sus hermosos ojos azules, donde me perdí miles de veces pensando que así debería ser el color del mar, ese que tanto deseamos conocer. Pero el destino tendría que hacer su peor jugada y la vida nos cruzó con ese monstruo. No merecías sufrir de esa manera, eras un ángel y él... el mismo diablo en versión de hombre.

Ese viernes llegué a casa más temprano de lo normal, como te lo prometí; nos esperaba ese helado de fresa con chocolate que solo podía comprarte los días de pago. El inquilinato lleno de policías y un ruido ensordecedor de la ambulancia en la entrada. Los vecinos sólo me miraban, nadie me hablaba, mi corazón latía tan fuerte que iba a romper mi pecho y grité tu nombre una y otra vez, te busqué desesperadamente entre los niños de aquel lugar, con los que jugabas todos los días.

El cuerpo me pesaba y cada paso era como si llevara plomo a cuestas; sentí cómo una mano de repente trataba de impedir que entraré a nuestra habitación, quería evitar lo inevitable; verte como jamás pensé hacerlo... era una escena desgarradora que ni la peor película de terror podría descri-

bir; simplemente no lo resistí, perdí el aire y me desplomé.

Al despertar, la psicóloga trataba de explicar lo sucedido, su voz retumbaba en mi cabeza por culpa del sedante que me habían aplicado; con mucho esfuerzo pude preguntar por ese monstruo; la respuesta: Había escapado con ayuda de su madre. Pero sus huellas en tu cuerpo, porque no existe crimen perfecto, lo declaraban culpable ante un juez; sólo debía esperar que la justicia actuará y yo sin nada más que perder decidí tomarla con mis manos.

Lo busqué, cada paso, cada pista, cada movimiento; gasté todo el dinero que con tanto amor guardaba para nuestro futuro y usé mi cuerpo para pagar aquella arma. Sabía que esa noche llegaría a aquel bar, pediría todo el licor hasta perder el control y esperé pacientemente en medio de un helaje que calaba hasta los huesos.

Lo seguí hasta ese hueco donde se escondía como rata, lo llamé por su nombre, giró y sus ojos en mis ojos y con el alma congelada apreté el gatillo la primera vez, y antes que cayera al suelo, otros tres disparos más.

Después de tanto tiempo respiré tranquila, miré al cielo, apunté a mi cabeza y con tu imagen en mi mente... Fui feliz, por fin juntas, otra vez.

¿Qué es la eternidad?

Ignacio Molina Villegas. Paine, Chile.

Me encanta sumergirme en la profunda soledad
Donde puedo perder la noción del tiempo y dejarme llevar
Si se supone que todo tiene una razón de ser y de estar
¿Podría yo quedarme y existir entremedio del inicio y del final?
Siempre he dicho que no quiero pasar por aquí sin dejar una
huella
Tampoco pretendo ser un héroe o formar parte de alguna
epopeya
Y si transmitir mi realidad termina siendo un mensaje en una
botella
Sería feliz con que cuando me encuentren se identifiquen con ella.
Es angustiante pensar en que quizá no estamos en donde
queremos
Pero lo es aún más pensar en que no recibimos lo que merecemos
Es raro pensar que los demás ven cosas en nosotros que no
sotros no vemos
Pero es ahí donde se produce ese fantástico bucle entre lo que
creemos y lo que sabemos.
No puedo definir la eternidad pero sé que es un arma de doble filo
Puedes sentirte eterno mientras estás feliz y tranquilo
Puedes sentirte eterno en aquellas noches donde el silencio es
aterrador
Entonces, ¿la eternidad es temporal si no hay nadie a tu alre-
dedor?
Yo siento que mi vida se construye a base de momentos
Momentos tristes, alegres y otros que ya ni recuerdo
Se les menosprecia tanto a las cosas que no tienen un inme-
diato efecto
Que por ejemplo yo, por mi parte, sin el arte no estaría cuerdo.
Asimismo, pienso que la eternidad puede ser un momento y
viceversa
Un beso puede durar para siempre aunque sea en la conciencia
Como también un sentimiento puede nunca terminar

Quizá la mayor sorpresa de la vida sea que no sabremos hasta cuándo podremos estar.

¿Serías feliz viviendo por siempre?

¿Procurarías envejecer o quedarte tal cual estás ahora?

¿Qué es lo que más valoras acerca de tu vida?

Siempre recuerda que tarde o temprano la costumbre termina siendo agonía.

¿Serías feliz viviendo sin dejar un legado?

¿Sin dejar una prueba concreta de que realmente estuviste aquí?

¿Has pensado siquiera en cómo te recordarán?

Siempre recuerda que nada ni nadie te asegura un próximo día.

Pensantes confinados

Andina Barquero. Cartago, Costa Rica.

Hoy he cosechado hierba suave
y sentí fuertes choques de frío,
una encrucijada en la cabeza,
el recuerdo de un sueño perdido.

Perdí algunos sueños
¡pero cuántos no habré tenido!
No susurré un “quédate” a causa del miedo
y desde que recuerdo camino a solas en el olvido.

Ahora que no estoy a voluntad entre cuatro paredes
unas cosas tienen y no tienen sentido,
encontré amor hecho cenizas
y deseos muertos en vano,
ya no me aferro a tu mano o a tu amor sin matices.

Ya que hasta un abrazo nos pone en duda la vida,
vetamos los toques para ser felices,
asintomático fulgor nos abre cicatrices
y da oportunidad de encontrar la humanidad perdida.

A veces mientras duermes

Juan Pablo Pineda Calvo. Bogotá, Colombia.

A veces mientras duermes,
Mi terrible insomnio se sienta,
A los pies de mi cama.
Tú yaces dormida como siempre.

Yo me levanto a jugar con mi soledad,
Y es que ella ha vuelto a buscarme,
Disfrazada de circunstancias.

Ya se ha vuelto,
En cosa de noches y días,
El pasarme las tardes,
Viendo su reflejo.

A veces se disfraza,
De niña grande de ojos oscuros;
A veces detrás de una cerveza,
Otras, detrás de un cigarrillo.

También la he visto,
En las tardes frías de agosto.

Algunas veces,
Me habla en las noches,
Mientras espero el amanecer.
Junto a ti.

A veces se viste de mujer,
Otras, se viste de demonio,
Suele usar máscaras,
Para ocultarme su inocencia.

Ella quiere jugar conmigo,
Mientras tú duermes,
Y simplemente sueñas,
A estar conmigo.

Las calabazas

Elena Dupuich Grikhalva. Lima, Perú.

- Él nació bien, doctor. Nació igual que sus hermanos. Se veía sanito, lloró y todo. Normal se veía.

Las manos de la mujer son inquietas, toscas, tostadas por el sol, la piel reseca y las venas hinchadas. Su ropa sencilla y gastada. Su habla delata sus orígenes: es de la selva profunda. Su actitud oscila entre tímida y decidida. Al darse cuenta que la oportunidad de ver a un médico de la ciudad quizás no se repetirá, gana la decidida.

- Yo tengo ocho, doctor. Y ninguno es así.

La mujer suspira, calla, luego prosigue:

- De bebito pensábamos que era ciego. Nos miraba con sus ojitos abiertos pero no reaccionaba, como los otros niños, ni se volteaba, nada. Más rato, peor nos asustamos, pareciera que no oía tampoco. Imagínese, doctor. ¿Qué hago yo con uno así? Somos pobres.

El médico la escucha con paciencia y predisposición, intenta entender qué los trajo hasta aquí. Un delgado niño de unos seis o siete años de edad está parado al costado de la madre. Está presente y ausente a la vez. No dice nada, no se mueve. Su mirada está fija en el piso.

- Gracias a Dios, no era eso, doctor. Él sí oye, y sí ve. También sabe hablar. Antes pensábamos que era mudo, porque nunca decía nada. Ahora mejoró, incluso a veces lo escucho cantar en el huerto. Al parecer, enfermo no es. Pero mírelo, para así todo el tiempo, solito, no juega, no corre al río con otros amiguitos. No es igual. ¿Por qué? ¿Qué tiene mi hijo, doctor? En la posta decían que es un au..., un auto...

La mujer tropieza con la palabra complicada y deja de intentar.

- ¿Un autista?

El médico jala su silla, la pone al frente del niño y se sienta allí, intentando atraer su atención.

- ¿Cómo te llamas? -pregunta.

Despacio y con mucho cuidado extiende su brazo y toma la mano del niño. El pequeño levanta la mirada. Es clara y consciente.

- Aarth -contesta.

- Él se dice así -interviene la madre-. Su nombre es Artemio. Nunca lo dice completo, desde pequeño no lo pronuncia bien. Artemio se llama, como su abuelo.

El médico sonrío. No recibe una sonrisa de respuesta, pero la conexión no se pierde y el niño se ve tranquilo. No parece asustado, ni nervioso, tampoco relajado. Está atento.

- ¿Vas al colegio, Aarth? -pregunta el médico, sosteniendo suavemente la mano de su interlocutor.

- Sí.

- ¿Y te gusta?

- No -contesta sin emoción.

- Ay, no sabe, doctor, eso es otra cosa más: él es muy inteligente, él ya sabe leer, imagínese, solito ha aprendido, no sé cómo lo hizo. El profesor justo me decía el otro día que en su salón es el único quien ya sabe leer, tan rápido, cuando los otros ni el alfabeto terminaron. Y lo comprende todo. Ni yo ni su padre le hemos enseñado tareas; su padre trabaja y yo con ellos ocho, imagínese usted.

La mujer comenta apurada, contenta con añadir otro hecho inexplicable a su historia.

Al escuchar el comentario de la madre, el médico vuelve hacia el niño.

- ¿Así que te gusta leer, Aarth?

- No -contesta de nuevo. Parece un poco tímido, pero sincero.

El médico intenta una vez más.

- ¿Te duele algo? ¿Alguien te molesta? ¿Hay personas que te tratan mal? Me puedes decir todo.

El niño mueve la cabeza en negación.

El médico no se termina de convencer.

- Dime, ¿qué te gusta, Aarth? Cuéntame. ¿Dibujar? ¿Jugar pelota? ¿O comer helados? ¿Te gustan los perros?

El pequeño vacila, dudando si puede confiar algo tan importante a un adulto vestido con la extraña bata blanca, a

quien ve por primera vez. Finalmente, se atreve.

- Las calabazas.

- ¿Las calabazas? -pregunta el médico-. ¿Te gusta comerlas?

- No.

En los ojos del niño se reflejan las chispitas del sol.

- Son muy bonitas -agrega.

La madre, que sigue atenta a la conversación, se apresura a explicar:

- Es verdad, ¡no sé qué tiene este chiquito con las calabazas, doctor! Pasa días enteros en el huerto. Lo vi escarbar las semillas buscando los brotes, les hecha agua, les arranca la maleza, y cuando salen las flores no hay manera de sacarlo de allí. Solo entra a casa para dormir.

El médico mira al niño y este le devuelve una radiante sonrisa.

- Su hijo no es un autista, señora. Es auténtico. No tiene nada. Creciendo, se le pasará -sentencia el médico con una ligera tristeza y los observa salir tomados de la mano.

En una sala blanca de techos altísimos seis seres están reunidos alrededor de la mesa redonda. Cinco llevan puestas las anchas capas de seda que fluyen y brillan como los reflejos en el agua. Son los Preceptores. El sexto es un hombre de mediana edad, serio, fuerte y bien parecido. Una túnica color marfil contornea su musculoso cuerpo. El ambiente está lleno de paz y de luz.

- Es un honor estar frente a alguien quien se encuentra a tan solo una vida de la Liberación. Estás a punto de completar el Camino de Samsara. Has sido el instrumento para las misiones de otros y el resultado de tuyas propias. ¡Eres una leyenda, Aarth! Yo te admiro -la voz del Preceptor vibra de emoción.

El segundo Preceptor se pone de pie.

- Has sido cazador, panadero, profesor, agricultor, guerrero, mendigo, corsario, presidente, mercader, científico, rey, verdugo, sacerdote y muchos más. Amaste, odiaste, has sido el ejemplo de valor y el objeto de maldiciones, traicionaste y fuiste el más leal entre los hombres, mataste y creaste vida. Moriste en la batalla y en tu propia cama, has

sido fusilado, guillotinado y devorado por las fieras. Has sido malvado sin piedad y bondadoso sin medida. Y todas tus misiones las cumpliste de forma impecable. ¡Yo te admiro, Aarth!

- Tu última vuelta está a punto de empezar -toma la palabra la tercera Preceptora, visiblemente conmovida-. Sé que las conoces, pero mi deber es recordarte las reglas.

El hombre asiente suavemente con la cabeza.

- Una vez entres a la rueda de Samsara, se aplicará la primera regla: te olvidarás las instrucciones y tu misión quedará grabada únicamente en tu subconsciente. Tendrás que descubrirla y cumplirla. La segunda regla es: queda prohibido abandonar la existencia. Si expones de manera intencional tu cuerpo o mente a las situaciones de peligro mortal o te quitas la vida a propósito serás castigado con regresar a la primera vuelta de la rueda, y volverás a pasar por las 66666 existencias sin importar tu nivel actual.

- Acepto y cumpliré -el hombre pronuncia las palabras de juramento.

El cuarto Preceptor se pone de pie y se acerca al hombre:

- Al completar la vuelta te convertirás en un Liberado. Podrás decidir sobre tu destino. Podrás convertirte en cualquier ser de materia viva o en un objeto de materia inerte en cualquiera de los mundos físicos o no físicos que han existido, existen o existirán en cualquiera de los Universos conocidos o desconocidos. Podrás fluir con el Tiempo, ser la Luz o, si así lo prefieres, unirte a la Eternidad.

El Preceptor abraza al hombre y se inclina ante él.

- ¡Yo te admiro, Aarth!

La quinta Preceptora está callada. Los demás voltean hacia ella. El hombre observa las proporciones impecables de su rostro, la caída perfecta de su negro cabello. Ella usa su avatar de aquella vida donde se conocieron.

- Suhana, -recuerda el hombre y suspira-. Lástima que hasta la belleza es infértil aquí.

-Aarth -la Preceptora se dirige al hombre tras unos segundos-. En este momento yo tendría que anunciarte tu misión. Solo que... -se detiene, indecisa por un instante-. En la última vuelta no hay misión. Es una vuelta de gozo. El

Samsara muestra al Liberado su gratitud por completar el Camino. Puedes repetir cualquiera de tus existencias anteriores o llevar a cabo una nueva, según prefieras. Puedes ser rico, famoso, poderoso, puedes pedir el cuerpo perfecto, escoger el lugar y la familia en que nacer. Puedes tener el mundo a tus pies. ¿Qué escoges?

Los Preceptores, deferentes, aguardan de pie. Un solemne silencio reina alrededor. Frente a ellos por primera vez está el resumen de las sesenta y seis mil seiscientos sesenta y cinco impecables existencias a punto de ser revelado. ¿Qué es lo que más importa, después de todo?

- Las calabazas -el hombre sonríe-. Me gusta el color de sus flores. Y quiero poder recordar mi nombre.

En la selva, donde sin veranos ni inviernos, el tiempo camina despacio y con cautela, Artemio pasa sus días en el huerto. Ya no están sus hermanos viviendo en casa, crecieron, se casaron y se fueron. Ya despidió a los padres hacia su última morada eterna. Ya cambió su pueblo gracias a los forasteros que un día descubrieron a sus calabazas y al comerlas se curaron de una enfermedad mortal. Ahora los habitantes del pueblo se dedican a atender a los numerosos visitantes que vienen sin parar en busca del milagroso remedio. Ahora todo es prosperidad y gozo aquí.

Se levanta al amanecer, camina descalzo por la tierra exuberante, aún dormida, cubierta de rocío cristalino, respira el aire fragante macerado durante la noche con mil raíces y hojas bajo las temblorosas estrellas, mira el campo de calabazas lleno de suaves flores amarillas y anaranjadas y se zambulle en sus grandes hojas verdes y ásperas. Se acuesta en la tierra entre las flores y escucha sus susurros saludándolo.

-Aarth, Aarth...

Con los ojos entrecerrados observa todos los días cómo nace un nuevo sol, joven, alegre y redondo como una rueda, aquella, de la cual él ya está Liberado.

Poema

Eddy Gustavo Armenta Vargas. Pachuca, México.

Es intimidantemente impredecible
el solo hecho de mirarte a los ojos
y saber que me vuelvo tornado,
que me vuelvo marea
y que termino en una
delicada brisa marina
que mueve mis colinas de arena.

Los ojos de Elena

Eddy Gustavo Armenta Vargas. Pachuca, México.

La parte más difícil de escribir algo, especialmente de ella, querido diario, es sentir la tinta fresca en una carta sin remitente, sellada en un tiempo desatinado.

“El acto de amor más grande que puedes hacer por alguien, es aceptar el lugar del camino en el que se encuentra”, me dijo mientras el estruendo de los motores me despertó de aquel sueño que viví por más de dos meses.

Sonó el silbato del oficial que urgía la partida del tren y al mismo tiempo tomé una fotografía con mi mente que guardaría para siempre. Sus ojos quedaron impregnados en mi alma como la marca de una cicatriz en la piel.

No conocía muchas cosas, pero de lo que estoy segura es que cuando contemplé su alma a través del cristal supe que, para mí, eso era todo.

Sujeté su mano, la llevé a mi pecho y le juré eternidad, marcando su inicial en la palma de mi mano mientras su pelo largo y suave se hacía uno con el viento junto con el vestido que tanto me gusta de ella.

Ya no hacía falta decir nada, me sentía feliz de que persiguiera sus sueños, de saber sus secretos, sus manías, sus extraños gustos y que por fin pude ser verdadera en una tierra embrujada.

Sentada en la banca de la estación me quedé tratando de captar hasta la última nota de su aroma, esperando que su recuerdo hablara conmigo y me dijera por qué había sentido tantas cosas, y aunque a veces veía mover sus labios, nunca lograba escuchar algo: eran solo conversaciones que tenía conmigo misma.

Me sentí en una encrucijada de amor y desgracia.

Me he refugiado tanto tiempo en el calor de estas letras para sentir tu cuerpo una vez más. Vengo aquí a revivir todas esas veces que estuvimos juntas y las demás que están en mi pensamiento y que nacen y crecen en mi mente, donde vi-

virán por siempre, para siempre.

Siempre perdemos de vista el camino escondido, ese que solo lo eterno ve y pretendemos moldear a nuestro favor. Me he dado cuenta que mi único camino es el del amor, el camino que lleva a la verdad.

Ahora no sé cuántas horas han pasado desde nuestro último beso de aquella tarde. Lo único que sé es que mis labios te extrañan y que le rezo a la luna para que su luz proteja tus noches de desvelo.

Rascacielos

José Manuel De la Vega Arias. Querétaro, México.

Los nidos de los hombres,
como agujas que buscan pinchar los cielos
robando su espacio a las aves,
su brillo a las estrellas
y su altura al cielo.

Soberbia inaudita
que imita a Babel
pero no logra su cometido,
los humanos ya no se hablan
solo escriben en sus teléfonos,
su misma lengua los tiene presos.

Rey Felino

José Manuel De la Vega Arias. Querétaro, México.

Un gato encaramado
busca sitio donde establecer
sus dominios, con desdén,
observa desde el librero
y juzga entre maullidos
que el almohadón está viejo,
el piso es muy frío
y la cama ya tiene dueño.

Haiku

José Manuel De la Vega Arias. Querétaro, México.

Un loto flota
las ondas en el agua
cruzan el lago.

Bajo la lluvia

José Manuel De la Vega Arias. Querétaro, México.

Comenzó suave
una brisa apenas,
pero sin paraguas
parecía que pronto
las aguas inundarían
mis ropas, mis pensamientos
y mi alma.

El valor del mithos en San Manuel Bueno, mártir

Emmanuel Rossi. Rosario, Argentina.

¿Quién soy yo?

Miguel de Unamuno

Yo es otro

Arthur Rimbaud

Introducción

En el siguiente ensayo nos proponemos analizar la novela de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*¹, desde una óptica transdisciplinaria, utilizando recursos de la antropología, la filosofía, la literatura y la sociología. Nuestro objetivo es indagar acerca de los mitos que subyacen en la obra, entendiendo básicamente por mito a aquellas ideas y creencias que otorgan sentido al sinsentido de la vida².

Desde esta perspectiva, nos alejamos del pensamiento racional iluminista, y partiendo de pensadores como Lévi-Strauss intentaremos dar una explicación al desenvolvimiento de la trama.

La novela trata de un cura de aldea que ha perdido la fe sobre aquello que profesa³, pero que, sin embargo, continúa con sus tareas habituales, imponiéndose la misión de que sus feligreses sigan creyendo.

¿Por qué actúa así? ¿Por qué oculta La Verdad? ¿Los aldeanos la creerían? ¿La entenderían? ¿Podrían vivir con ella? Pero, por otro lado, cabe preguntarse, ¿cuál es el *mithos* que mantiene con vida a don Manuel y a sus dos discípulos?

Éstos son algunos de los interrogantes que nos movilizaron y que intentaremos abordar en este escrito.

Mitos en el aire de Valverde de Lucerna

Los mitos como sistemas de ideas y creencias atraviesan

la vida de las personas, y de tal modo que no podríamos vivir sin ellos: nos dan sentido. Pero esos mitos no son necesariamente religiosos o provenientes de literaturas arcaicas. Y, por supuesto, Las Luces no han podido con ellos. Adorno y Horkheimer vieron en la destrucción de los mitos medievales la emergencia de un nuevo mito: el de la técnica y el progreso.

Los mitos están en todas las culturas y en todas las sociedades, y son la fuente de cohesión de éstas. Por contraposición al *Logos*, que es un discurso racional, lógico y objetivo del espíritu que piensa un mundo que es exterior a él, el *mithos* constituye el discurso de la comprensión subjetiva, singular y concreta de un espíritu que se adhiere al mundo y lo siente desde el interior⁴.

En Valverde de Lucerna, como en cualquier comunidad, subyacen mitos bien definidos. Claro está que el mito del catolicismo aparece con muchos bríos. En toda la obra se habla de Dios, se le reza (Credo, Yo Pecador, etc.), y en ella puede respirarse un límpido hálito católico, que sólo es “cuestionado” con el pensamiento y la praxis de don Manuel y sus discípulos, pero no nos adelantemos. Antes de analizar los actos de estos tres personajes, queremos mencionar el carácter mítico que se posa sobre el cura. Don Manuel está investido de *mithos*. En la novela encontramos, sobre él, declaraciones tales como: “Se llevaba la mirada de todos, y tras ella, los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todos los niños” (pág. 8). Esta representación de su imponente figura y del cariño que le prodigaban sus pares tenía que ver con las creencias que sobre don Manuel se erigían. Veían en él a un ser supremo, cuya voz no era de este mundo: “Qué milagro de voz” (pág. 12). Don Manuel era el “guía” de los aldeanos, la encarnación de Jesús en la tierra: “Nuestros dos Cristos, el de esta Tierra y el de esta aldea” (pág. 47), sostenía Ángela en su narración.

Pero los mitos no son empíricos. ¿Cómo puede entonces Don Manuel ser un mito?

Vayamos por parte. En primer lugar, el mito proviene de

la exigencia de algo que necesita ser representado. Como bien dice la narradora de la novela: “La imagen de don Manuel iba creciendo...” (pág. 26). La imagen. Porque el mito nunca se desprende totalmente de la realidad: está montado sobre hechos empíricos (en este caso, en la figura y en los actos de don Manuel). Entonces, el mito es empiro-significativo (los humanos dotan de sentido la experiencia). Y lo significativo es transempírico.

Sobre don Manuel y sus acciones se han posado significados, que asemejan su imagen a la “de un santo vivo, de carne y hueso” (pág.10).

Eficacia simbólica

La actividad física parece retroceder en la misma proporción que avanza su actividad simbólica

Claude Lévi-Strauss

El pensamiento simbólico/mitológico/mágico puede producir efectos empíricos. Lévi-Strauss se encargó de demostrarlo en algunos apartados de su *Antropología estructural*. Allí, el pensador centenario nos cuenta su experiencia de trabajo con comunidades “primitivas”, donde analiza el poder del shaman para producir eficacia simbólica⁵, provocando, por ejemplo, un parto complicado a través de sus ritos. También nos plantea el valor de los mitos en las sociedades y el peligro que corren éstas cuando se cuestionan sus sistemas de ideas y creencias.

Es muy interesante un caso que nos presenta el antropólogo en su trabajo sobre los indios nambikwara. El hechicero de la tribu, nos cuenta Lévi-Strauss, había desaparecido y, para justificar su ausencia, argumentó que había sido secuestrado por un trueno. Esta declaración dejó conforme a toda su comunidad porque “que un hechicero mantenga relaciones íntimas con las fuerzas sobrenaturales es una certidumbre”.⁶ Pero a los pocos días, algunos indígenas hicieron circular otra versión, y que, a grandes ras-

gos, tenía que ver con la relación del hechicero con otra tribu, con una tribu adversaria.

El mito funda el lazo social y, por esta razón, “los escépticos (los que no creían en la versión del brujo y, por lo tanto, en sus facultades) hubieran causado mucho asombro de haber invocado, para poner en duda la buena fe y la eficacia de su hechicero...”⁷

Si bien todo lo pergeñado por el hechicero era un aparato teatral, la idea para su comunidad de que éste haya pretextado su poder para disimular su actividad profana es algo que pertenece al dominio de la conjetura y ofrece la ocasión de aplicar la crítica histórica.⁸

Aquí vemos como “mito” y “experiencia” mantienen una relación conflictiva, porque el carácter empírico de los hechos amenaza la cohesión social atacando el sistema de ideas y creencias que subyace en toda comunidad y que es el que otorga sentido.

Volviendo a la novela unamuneana, ya mencionamos los mitos más relevantes y las creencias que actúan como lazos sociales de la comunidad: la religión católica y don Manuel como portavoz terreno de Dios.

Con la noción de “eficacia simbólica”, Lévi-Strauss demuestra cómo los mitos pueden producir efectos empíricos. En Valverde de Lucerna, como en todas las comunidades, esto ocurre, pero de un modo particularmente visible. La narradora nos cuenta que “en la noche de San Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas, y no pocos hombrecillos, que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos y a las veces epilépticos, y don Manuel emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática y tratar de aliviarles y si era posible de curarles. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz -¡qué milagro de voz!- que consiguió curaciones sorprendentes” (pág. 11- 12).

Don Manuel era capaz de curar con su ritualización. Para lograrlo necesitaba de algunas condiciones básicas. Lévi-Strauss nos dice al respecto: “... la eficacia de la magia implica la

creencia en la magia, y que ésta se presenta en tres aspectos complementarios: la creencia del hechicero en la eficacia de sus técnicas; luego, la del enfermo (...) en el poder del hechicero; finalmente, la confianza y las exigencias de la opinión colectiva que forman a cada instante una especie de campo de gravitación en cuyo seno se definen y se sitúan las relaciones entre el brujo y aquellos que él hechiza”.⁹

Está claro que para que alguien pueda ser curado por el eclesiástico, como es el caso que analizamos, tiene que creer en los poderes curativos de éste, pero también tiene que existir toda una comunidad que crea. No obstante, ¿don Manuel creía que poseía una fuerza divina capaz de aliviar y sanar al enfermo? Por supuesto que no. ¿Y entonces cómo igualmente curaba?

Lévi-Strauss demuestra con el “caso Quesalid”¹⁰ que el shaman puede no creer en sus poderes, pero mientras finja creer en ellos con fina exactitud, puede producir eficacia simbólica.

Ahora llegamos a punto central del análisis. Sabemos que la comunidad de Valverde de Lucerna confía en el catolicismo y no duda sobre la postura de su cura. Esto permite, entre otras cosas, que don Manuel pueda curar valiéndose de cualquier superchería verosímil. Pero, por otro lado, de conocerse en la comunidad los verdaderos pensamientos de Manuel, no sólo las curaciones desaparecerían, sino que la coherencia mental de la sociedad se vería profundamente afectada.

De todos modos, los mitos suelen surgir de una necesidad de creer, y como vimos en el ejemplo del hechicero y el trueno, las comunidades prefieren, muchas veces, *negar* la evidencia empírica para que el sentido de su vida no desaparezca. Por esta razón, Ángela le explica a su hermano que “si intentase, por locura, explicárselo (explicarle al pueblo la verdad sobre Manuel), no lo entenderían” (pág. 56). Aquí se ve cómo la idea es más fuerte que la experiencia: El mito surge como una exigencia del espíritu.

Sobre este mismo tema se manifiesta el narrador Unamuno sobre el final de la obra: “Ella (dice Unamuno refi-

riéndose a Ángela) dejó dicho de que si don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, éste, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añado yo” (pág. 62).

Si al pueblo se le revelara la verdad y la creyera (cosa poco probable), su integridad física se vería en peligro. Y es precisamente por esto último que muchas comunidades y personas niegan lo que la demostración empírica revela como verdadero en detrimento de sus propias creencias. Sucede que lo que está en juego es demasiado grande... “Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que la profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión verdadera es la suya, la que ha hecho” (pág. 36), dice don Manuel, y agrega reiteradas veces en la novela: “Hay que vivir, hay que vivir”. Es más, llega a sostener que “vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a que no crean nada” (pág. 43).

De esta manera, la novela refleja la necesidad de creer e instauro un *equilibrio* entre mitos y logos casi inusitado para una época aún obnubilada por Las Luces.

Sueño, opio, Marx y Nietzsche

La trama novelesca nos presenta lo que parece ser una encrucijada inexorable. Y en esta encrucijada se encuentran elementos éticos, filosóficos, metafísicos, políticos e ideológicos. Estos elementos conflictivos entre sí deambulan en derredor de otro elemento, no menos intrincado: La Verdad.

La cuestión del Bien tampoco es ajena a este problema: ¿Es positivo que el pueblo sepa La Verdad?

Podrían pasar años y quizás nunca arribemos a un acuerdo.

En la novela, don Manuel no sólo oculta su escepticismo, sino que La Verdad ocultada aparece como un cuestionamiento muy profundo a las bases del catolicismo y de la religión toda.

Don Manuel, al ser exhortado por Lázaro a revelar La Verdad, responde: “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo

terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella” (pág. 35).

Ésta es una postura determinada por una cierta concepción de la vida y del mundo. Manuel cree necesario mantener su mito engañando a su comunidad; “... si es que esto es engaño no es por medrar”, aseveraba Lázaro. Claro que no; don Manuel no lo hacía sino porque creía que así los mantenía vivos: “Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos” (pág. 36).

Cuestionamientos pueden surgir desde múltiples lugares, y enfocados en diferentes puntos.

Nietzsche, un gran detractor de la moral y de la religión, vería en los aldeanos a “camellos” (o “asnos”)¹¹ que cargan sobre sí una larga tradición de valores establecidos y que son incapaces de ponerlos en tela de juicio.

Pero si tomar conciencia de su condición implica un cuestionamiento a sus mitos, don Manuel sostendría que peligra la vida de la comunidad. ¿Entonces? ¿Camino al *superhombre* o camino a la muerte?

En *La gaya ciencia*, Nietzsche dice algo sumamente interesante: “Con el análisis químico de las ideas y de los sentimientos hemos descubierto que la vida está inmersa en el error y que éste le es necesario. Pero, entonces, para seguir viviendo, debemos aprender a ‘seguir soñando’ sabiendo que soñamos”.

El filósofo alemán no apunta al engaño y a la necesidad de aferrarse ciegamente a valores míticos para reproducir la vida. Ni a conformarse con la sumisión de tener algo al cual poder asirse. Sino que -con el perdón de los finos exegetas de Nietzsche- se pueda creer pero teniendo en cuenta de que aquello en lo que se cree no es absoluto ni unívoco ni eterno ni inquestionable.

Por su parte, Kant sostenía que es la condición natural del hombre la que lo empuja a plantearse cuestiones que lo obligan, a veces, a generar trasmundos. Por esto, y como explicamos más arriba, los mitos son tan necesarios, los sueños son tan necesarios (pero es menester saber que se

está soñando, replicaría Nietzsche).¹²

Por otro lado, veamos qué sucede con la concepción de Marx de religión como opio de los pueblos. (“*Die Religion... Sie ist das Opium des Volkes*”).

En la novela surge, planteado por Lázaro, la idea de abogar por una mejora en la “justicia social”. Lázaro propone la conformación de sindicatos como una medida de progreso económico y de redistribución de la riqueza. Pero su opinión es vetada de inmediato por don Manuel, quien le dice: “Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ricos ni pobres, en que esté justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio de la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio..., opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe” (pág. 45).

A don Manuel no le interesa la economía política, hasta el punto de negarla. No sólo no quiere influir en ella, sino que la cree superflua. Su postura, claro, contribuye al *statu quo*. ¿Para qué cambiar el orden establecido si el “tedio de la vida” es lo que subyace a la condición humana?

Marx era un filósofo de la praxis (no un negador de la filosofía como pretendía Heidegger), como lo expuso en la onceava tesis sobre Feuerbach: Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

Marx criticaba la religión como una fuente de suministro ideológico, generador de sumisión y conformismo, funcional a la clase dominante (o hegemónica, diría Gramsci).

A don Manuel, según sus declaraciones, no le interesa que en una sociedad existan ricos y pobres, y por la tanto explotación del hombre por el hombre. La política, el *cambio* y el fin de la *prehistoria* no tienen sentido de acuerdo a su pensamiento pesimista, generador de impotencia.

Todo esto conlleva a una negación del desenvolvimiento de la historia (según Marx motorizada por la lucha de clases). Para don Manuel, el progreso, entendido desde el materia-

lismo histórico, pero también desde el positivismo, es una cuestión trivial e innecesaria: “Sé tú, Lázaro, mi Josué, y si puedes detener al sol detenle y no te importe el progreso” (pág. 50).

Nietzsche (retomando a Spinoza) denunciaba que, en detrimento de la vida, la religión prometía una salvación divina *post mortem*. Esto generaba un sentimiento de odio hacia la vida, hacia el cuerpo.¹³

Marx criticaba la religión porque contribuía a la alienación de los pueblos, quitándole a éstos la capacidad de rebelarse contra el orden establecido en búsqueda de una sociedad más justa.¹⁴

La actitud de don Manuel puede ser analizada desde diversos paradigmas. Decidimos escoger a Marx y Nietzsche porque consideramos que la filosofía de ambos, y sus directrices, coadyuvan a pensar la postura del cura con cierta profundidad. No intentamos trazar una mera crítica, sino revisar los planteos de don Manuel, núcleo de la novela unamuniana.

Tampoco buscamos, por supuesto, sellar interpretaciones, sino provocar la reflexión sobre la obra.

Mithos para no morir

*El mayor delito del hombre
es haber nacido*

Pedro Calderón de la Barca

“Hay que vivir, hay que vivir”, repite a menudo don Manuel, y busca salvaguardar su mito y el del catolicismo, porque el mito es capaz de explicar la muerte y de encontrarle un sentido.

Consideramos al hombre un animal simbólico¹⁵, y, por ende, no es la razón lo que lo guía sino el mithos.

¿Qué es lo guía a Manuel a obrar así? Y más aún, ¿qué lo mantiene con vida?

Si bien el cura no cree en lo que profesa, otro mito le da

sentido y lo aleja del suicidio: el mito del pastor del rebaño, del guía espiritual que ayuda a vivir a otros. Él mismo reconoce esto, cuando le asegura a Lázaro que deben darle “opio” a su pueblo y “que duerman y que sueñen”. Allí confiesa: “Yo mismo con esta mi loca actividad me estoy administrando opio” (pág. 45). Ese opio es lo que lo mantiene vivo, es su *raison d'être*.

Además, es el mismo don Manuel quien ha confesado que su religión es consolarse en consolar a los demás, “aunque el consuelo que les doy no sea el mío” (pág. 36).

Mircea Eliade, en su obra “El mito del eterno retorno”¹⁶, trabaja el valor del mito en su poder de abolir el tiempo y, por lo tanto, de abolir la muerte: si el tiempo se regenera, se le encuentra una salida a la finalización de la existencia física.

El tiempo empírico es irreversible, produce rechazo y horror; en cambio, el tiempo simbólico se regenera infinitamente.

Don Manuel, cuando ayuda a bien morir trata de mantener en pie el mito del eterno retorno, del tiempo simbólico, aquel que promete la eternidad.

En su agonía, la madre de Lázaro y Ángela recibía las palabras del cura: “Usted no se va (...), usted se queda. Su cuerpo aquí, en esta tierra, y su alma también aquí, en esta casa, viendo y oyendo a sus hijos, aunque éstos ni le vean ni le oigan” (pág. 30).

De todos modos, quien necesita creer en la regeneración del tiempo no es tanto quien está al borde de la muerte como sus pares, quienes ante el horror que les produce el deceso de un semejante, encuentran un sentido a su propia muerte.¹⁷

Por esta razón, ayudar a bien morir era un trabajo necesario que el cura necesitaba emplear para que los aldeanos siguieran “soñando”. Y creer que su labor en la comunidad era esencial y trascendental, era el mito que mantenía a don Manuel con vida.

Epílogo

Proponemos un epílogo no a modo de conclusión; la conclusión suele generar la idea de “problema resuelto”. Nada más lejos de eso se afirma nuestra intención. Lo que planteamos como corolario de nuestro ensayo son algunos inte-

rrogantes con el propósito de abrir el debate.

Unamuno, filósofo existencialista, no puede dejar de preguntarse por el yo. ¿Quién soy yo?

Recordemos que Unamuno se había iniciado en una tradición racionalista que luego abandonó, bajo el influjo, entre otros, de Adolf von Harnack y Sören Aabye Kierkegaard.

El yo unamuneano se encuentra entonces entre dos fuerzas antagónicas que lo oprimen. Unamuno estipulaba la necesidad de una creencia voluntarista, la necesidad de un Dios, pero esto chocaba frontalmente con su fe escéptica.

Entonces, ¿es el propio Miguel de Unamuno el ejemplo de una salida nietzscheana a la encerrona planteada por don Manuel?

Porque don Manuel no nos deja opción: “Feliz ignorancia” o “triste conciencia”.

¿Cómo podemos escapar airosos de allí, si es que se puede escapar?

¿Es el propio Unamuno el que, de alguna manera, logra gravitar entre los dos extremos?

El don Manuel de la novela nos deja estáticos, quietos. Otros escritores existencialistas también habían planteado la imposibilidad de movimiento, como Kafka¹⁸.

Pero, don Manuel, ¿realmente no cree en la vida como devenir? ¿O cree y sólo la oculta, la niega?

La congoja de Unamuno, la náusea de Sartre, la angustia de Kierkegaard son síntomas de la agonía, del tedio de la existencia. Pero, ¿qué mitos mantuvieron vivos a estos pensadores brillantes? ¿Cómo soportaron esa carga de sinsentido?

Nosotros, por nuestra parte, tenemos la temerosa sensación de que cada nueva reflexión produce más dudas e interrogantes...

Sucede que la pregunta por el Ser suscita pensamientos vastos y complejos. Gran parte de la filosofía se ha preocupado por este tema y, sin embargo, el problema parece que nunca logrará zanjarse absolutamente.

Tal vez esto es, precisamente, lo que hace interesante nuestro efímero paso por el mundo.

Notas:

¹Novela escrita por Miguel de Unamuno, publicada en 1931. Para el siguiente trabajo utilizaremos la edición de Alianza. Madrid. 1995.

²Para una definición más completa de nuestra concepción de mito véase: Morin, E. *El método III*. Ed. Cátedra. Madrid. 1988.

³El texto recoge las preocupaciones que atormentaron la vida de Unamuno. Sobre la tumba de éste puede leerse un epitafio significativo: “Méteme Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar, dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar. Sólo le pido a Dios que tenga piedad con el alma de este ateo”.

⁴Morin, E. *El método III*. Ed. Cátedra. Madrid. 1988. Pág. 173.

⁵“No hay razones, pues, para dudar de la eficiencia de ciertas prácticas mágicas”. Lévi-Strauss, C. “El hechicero y su magia” en *Antropología estructural*. Eudeba. Bs. As. 1968. Pág. 151.

⁶Ibíd. Pág. 155.

⁷Ibíd.

⁸Ibíd.

⁹Ibíd. Pág. 152.

¹⁰Ibíd. Pág. 158.

¹¹Véase: Nietzsche, F. “De las transformaciones” en *Así habló Zaratustra*. Ed. Libertador. Bs. As. 2003.

¹²No queremos realizar aquí un análisis exhaustivo de la obra de Unamuno desde la perspectiva de Nietzsche. La filosofía de este último es vasta y de gran complejidad, por lo tanto, sólo tomamos una posible línea de análisis que nos permitió observar de otra manera *San Manuel Bueno, mártir*, pero también podríamos haber partido de la idea de Nietzsche de que, tras la muerte de Dios, todavía continuó el nihilismo, y que el lugar de Dios fue ocupado por el hombre...

¹³Creemos, olvidando lo que nos enseñaron algunos manuales, que Nietzsche, lejos de ser un pesimista, es un adorador de la vida, un afirmador del cuerpo en el mundo terrenal (como enseñó Deleuze).

¹⁴Es interesante tener en cuenta que algunos marxistas vieron en la religión una fuente de inspiración para luchar por los oprimidos...

¹⁵Véase: Cassirer, E. *Antropología filosófica*. Ed. FCE. Bs. As. 1963.

¹⁶Ed. Emecé. Bs. As. 2006.

¹⁷Véase: Kirk, G.S. “Naturaleza y cultura: Gilgamesh, los Centauros y los Cíclopes” en *El mito: su significado y funciones en la antigüedad y otras culturas*. Ed. Paidós. Barcelona. 1970.

¹⁸Véase, por ejemplo, Kafka, F. *El Castillo*. Ed. Losada. Bs. As. 1997. La lectura

de Kafka que hacemos es la propuesta por Borges en “Kafka y sus precursores” y en el prólogo de “La Metamorfosis” en la edición Orión.

Índice

<i>Aquel hermoso verano</i>09 (Guillermo Alan Flores Serna) México. Instagram: @elpalacioliterario.
<i>No era amor</i>12 (Andrea Lara) México. Instagram: @andre_lr94.
<i>Déjame</i>13 (Zailyn Olivera Cruz) Estados Unidos. Instagram: @zailynoliveracruz.
<i>Quejas en el espejo</i>14 (Zailyn Olivera Cruz) Estados Unidos. Instagram: @zailynoliveracruz.
<i>Fuiste mi espejo. Me vi en tu reflejo</i>15 (Anabel Fumero Alfonso) España. Instagram: @anabelfumero.
<i>Del revés</i>18 (Anabel Fumero Alfonso) España. Instagram: @anabelfumero.
<i>De cuando me daba miedo ver mi propia luz</i>19 (Anabel Fumero Alfonso) España. Instagram: @anabelfumero.
<i>La sutileza de lo absoluto</i>20 (Jairo Enrique Ramírez Sánchez) México. Instagram: @enrique_ramirez_22.
<i>Mujer</i>21 (Rossen Larios) Guatemala. Facebook: Rossen Larios.

<i>La vida es como tú quieras verla</i>	23
(Rossen Larios)	
Guatemala. Facebook: Rossen Larios.	
<i>Inexorable atracción</i>	25
(Dora Lema Olavarria)	
Perú. Instagram: @doraolavarria.	
<i>Desamor</i>	29
(Adriana Mozo Noboa)	
Ecuador. Instagram: @adrimn.	
<i>Mi alma se congeló</i>	31
(Karol Chabur)	
Colombia. Instagram: @karolchabur.	
<i>¿Qué es la eternidad?</i>	33
(Ignacio Molina Villegas)	
Chile. Instagram: @nxchx_mv.	
<i>Pensantes confinados</i>	35
(Andina Barquero)	
Costa Rica. Instagram: @criesinlacunza.	
<i>A veces mientras duermes</i>	36
(Juan Pablo Pineda Calvo)	
Colombia. Instagram: @jopepineda.	
<i>Las calabazas</i>	38
(Elena Dupuich Grikhalva)	
Perú. Instagram: @terrainka.	
<i>Poema</i>	43
(Eddy Gustavo Armenta Vargas)	
México. Instagram: @eddyg.armenta.	

<i>Los ojos de Elena</i>	44
(Eddy Gustavo Armenta Vargas)	
México. Instagram: @eddyg.armenta.	
<i>Rascacielos</i>	46
(José Manuel De la Vega Arias)	
México. Instagram: @jmva93.	
<i>Rey Felino</i>	47
(José Manuel De la Vega Arias)	
México. Instagram: @jmva93.	
<i>Haiku</i>	48
(José Manuel De la Vega Arias)	
México. Instagram: @jmva93.	
<i>Bajo la lluvia</i>	49
(José Manuel De la Vega Arias)	
México. Instagram: @jmva93.	
<i>El valor del mithos en San Manuel Bueno, mártir</i>	50
(Emmanuel Rossi)	
Argentina. Twitter: @letraserrantes.	

